SAGRADA FAMILIA

Pese a no estar permitido, llevaba el móvil en el bolsillo de la bata por si recibida la ansiada llamada. Como solía decir la amiga con la que se vino a Madrid en busca de su sueño de ser actriz, nunca se sabe cuando va a saltar la liebre. Aunque a estas alturas, tras casi un año en la gran capital sin un triste anuncio que llevarse a la boca, parecía que la liebre no estaba mucho por la labor de fatigarse. La que sí que terminaba exhausta era ella, compaginando su trabajo poniendo copas con el de limpieza en aquel edificio no pequeño precisamente, el Museo del Prado. Un pasillo más - se dijo cuando al alzar la cabeza descubrió el lienzo donde unos humildes y hacendosos padres contemplan a su niño que juega feliz . Y vio en aquella pintura de Murillo a su propia familia, en aquel viejo piso, papá volviendo del trabajo y mamá, tan joven, remendando la ropa y ella, una pequeñaja que no se estaba quieta. Entonces le pareció que no podía haber nada más hermoso en el mundo. Y mientras trataba de contener una lágrima rebelde, cogió el teléfono y llamó a casa.

Raúl Garcés Redondo